

Flores negras

Iván Medina Castro*

Creer en la intriga es, en principio, creer que es posible influir en los hombres a través de sus pasiones, que son sus debilidades.

André Malraux

A Pamela

Se enamoró con pasión en el mismo momento que se tropezó con ella en un garito al que entró por casualidad. Intrigado por la música y las luces que se ofrecían seductoramente. Fue entonces cuando se topó con ella, quien se hallaba junto al armario en la entrada del sitio, y apreció la fragancia de perfume caro en mujer barata. A pesar de eso, halló pintado en aquel semblante encantador una tristeza, profunda a la vez y tierna, imposible de resistir.

Las primeras horas se las pasó mirándola de manera furtiva, desde la barra, hasta distinguir su forma seductora. Entretanto, disfrutaba cada sorbo de esa cerveza negra de malta que tanto le gustaba, a ver si encontraba el valor que hacía años deambulaba perdido en algún lugar de su cuerpo

a partir de la vez en que su hembra lo abandonó para irse a follar con otro.

Eran las once de la noche y, aunque era tarde, aún no tenía nada que decirle. Ya con la segunda cajetilla de cigarrillos y una docena de cervezas en la cabeza se animó a dirigirle la palabra, pero antes imaginó que la mujer le diría a la hora en que debería pasar por ella al caer la madrugada. Su mano le temblaba y su corazón palpitaba al compás de un bolero.

Su nombre era Pamela. Bailaron y bebieron la velada entera: dancón, chachachá, mambo y otros ritmos tropicales. La clientela era escasa esa noche de pequeños y fríos chubascos.

Con la excusa de que ya estaba pasado de copas y que así no debía conducir, pernoctó en el cuarto que tenía su nueva amiga en contra esquina del sitio. Pasaron las noches con sus respectivos días y la pasión creció más en él que en ella, pues las pocas experiencias le habían enseñado que todos comienzan con esos bríos hasta que otra más joven se lo lleva a su cama.

Fecha de
recepción:
2022-06-06
Fecha de
aceptación:
2022-07-29



* Estudiante de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Autónoma del Estado de México.


Desde aquel momento, el hombre sólo se ocupó de trabajar con ahínco. A diario le aplaudía con regalos que ella miraba con desdén. Pamela estaba desesperada por volver al garito, desde donde las melodías de Julio Jaramillo o Agustín Lara le llegaban hasta la puerta de su cuarto y se colaban por las rendijas hasta cobijarse en su alma bohemia.

Aquella noche no aguantó más. Su hombre hacía días que llegaba tarde y después de darse un baño se tumbaba en el colchón igual a un fardo. La estúpida uniformidad le hastiaba. Vestiose con su mejor traje, se maquilló de vivos colores y, después de dos o tres roseadas de aquel perfume caro, volvió a la vida. No creía haber puesto jamás esmero en agradar ni haber estado tan contenta de sí misma.

Ahora yacía Pamela debajo de aquel hombre sudoroso mientras irrumpía en su cuerpo afanosamente tratando de despertar en ella la pasión de otros tiempos. La besaba con la misma gula de la vez primera, recorriendo con sus labios hasta los lugares recónditos del cuerpo de esta mujer que se le había metido en el alma y ahora lo tenía atrapado entre sus piernas.

Ella no le respondía, no había caricias ni reaccionaba a sus besos.

Él se dejó caer en ella con un gemido convertido más tarde en alarido, toda la vida que no pudo retener en su agotado cuerpo. Pamela no decía palabra y, admirada de su silencio, volvió los ojos hacia él sin otro fin que el de ver qué gestos hacía.

Él, siguiendo tontamente el instinto de su corazón, se desvivía por complacerla en todo, pero ella, árbitra de su destino, era una ingrata. ¿Por qué regresó a ese congal si él la había sacado de todo eso? Ella permanecía inerte. Nunca se había comportado como una mujer ardorosa, pero esta ocasión estaba más fría. Al fin, lo dejaba para siempre. Él, turbado, se incorporó de la cama, pero antes de pensar en vengarse de esta astucia femenina, se detuvo súbitamente, pues la lucidez rojiza del espectacular del garito comenzó a penetrarle por los sentidos. El perfume de Pamela invadía la recámara, las botellas de cerveza rodaban por doquiera y sus pies estaban detenidos sobre un charco de sangre. No lejos se escuchaba el bolero que sonara el momento en que se conocieron y que tantas veces ella susurró desde la cama en sus oídos: "Arráncame la vida..." 

**EN
TOR
NO**